

DE LA MUERTE A LA VIDA

“La muerte no es el final”. Es una convicción de fe de los creyentes en Cristo. San Pablo nos lo dijo con rotunda claridad: *“Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él”*. Dos celebraciones muy distintas, pero con el mismo trasfondo, se suceden este fin de semana.

Hoy recordamos con amor a los hermanos difuntos y elevamos una oración al Señor por ellos. En el dolor, y en la misma muerte, el creyente trae a la memoria una realidad misteriosa, escondida: *“¡Qué grande es tu fidelidad!... El Señor es bueno para los que esperan en Él y lo buscan”*. Son palabras del libro de las Lamentaciones que, escritas siglos antes del acontecimiento Jesucristo, hoy proclamamos. No existía la experiencia de la resurrección pero ya los creyentes esperaban *“la salvación del Señor”*. En lo más profundo de nuestro corazón albergamos la esperanza de la resurrección, porque si la vida del hombre no es eterna, ¿qué sentido tiene el vivir? Pablo gritaba que *“morir es, con mucho, lo mejor”*, pero dejaba al Padre el día y la hora: *“deseo partir, pero si tu voluntad es que permanezca, que realice tu tarea, hágase”*.

Ayer fue el día glorioso de Todos los Santos, de todos los hombres, conocidos o anónimos que, acabada su peregrinación por la tierra, están ya junto al Cordero y contemplan su gloria. Son hombres y mujeres de nuestra carne y sangre, hombres amenazados a diario por los pecados capitales y los sufrimientos que ellos generan, que conocieron la fragilidad de la naturaleza humana -exactamente como nosotros- pero también el poder perdonador y regenerador de Dios. Hombres seducidos por Jesucristo con la gran Noticia del Amor de Dios, vivieron la alegría y el descanso de ser hijos de Dios y la esperanza del gran día de su manifestación, *“cuando le veremos tal cual es”*. Desconcertaron a sus contemporáneos, porque su dicha no estaba en el poder, el dinero, el placer, ni en la venganza... Y cuando a algunos de ellos se les llevó a los altares, o cuando sentimos ganas de decir *“¡qué tipos tan estupendos!”*, ellos, desde arriba, sonríen benévolos, y dicen que no, que *“la bendición, la gloria, la sabiduría, el honor, el poder y la fuerza, son de Dios”*, y nos remiten a la Madre de todos, que atinó como nadie a explicar qué es un creyente: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor... se ha fijado en la pequeñez de su esclava... y ha hecho en mí maravillas”*.

Recordar nuestro origen y nuestro destino, vivir en conciencia de muerte pero, al mismo tiempo, en la esperanza cierta de la Resurrección es la mejor forma de buscar y trabajar para una “muerte digna”, expresión tan en boga hoy día, pero tan distante de estos planteamientos. No me resisto a dejaros una afirmación del filósofo austriaco L. J. Wittgenstein (1889-1951): *“Es la muerte, y no otra cosa, lo que da su significado a la vida”*. O dicho en otras palabras, el sentido de la vida en cada persona depende de cómo entienda, afronte y asuma la condición mortal y la muerte.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM, y Consiliario de Manos Unidas
y de la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes